

## Un símbolo fascista en Granada

Francisco Viguera Roldán

Asociación Granadina para la Recuperación de la Memoria Histórica

Federico García Lorca tenía razón: “En Granada se agita la peor burguesía de España”. El poeta hizo estas declaraciones al diario El Sol de Madrid, pocos días antes de volver a su ciudad, donde fue asesinado por los fascistas granadinos en agosto de 1936. Federico vino a su Granada buscando refugio, pero encontró la muerte. Setenta y tres años después, la peor burguesía de España se abstiene en la votación para despojar a Franco de la medalla de oro que recibió en 1956 y se niega a retirar el símbolo fascista que preside la plaza de Bibataubín. Esto sólo ocurre en Granada. Incluso en Santander o en Madrid, donde también gobierna el Partido Popular, han tenido la dignidad política y la coherencia democrática de quitar las esculturas ecuestres del dictador. Granada no se merece esta derecha nostálgica que tanto daño está haciendo a la imagen de nuestra ciudad en el exterior.

No hay en la Europa del siglo XXI una sola ciudad que de forma tan descarada rinda homenaje al fascismo, después de las atrocidades cometidas en la Guerra Civil y en la Segunda Guerra Mundial. En Granada, sin embargo, cinco brazos forjados en bronce hacen el saludo fascista en la plaza de Bibataubín. Saludan a José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, que animaba a sus seguidores a utilizar la dialéctica de los puños y las pistolas. En ninguna ciudad alemana o italiana osarían llamar obra de arte a semejante infamia que recuerda a Hitler y a Mussolini. Es más, los símbolos fascistas o nazis, como la esvástica, están prohibidos en toda la Unión Europea y, especialmente, en los países que engendraron el monstruo. En Granada, por el contrario, las banderas de Falange y de Franco ondean en pleno centro de la capital, a pocos metros de la escultura dedicada al líder del partido fascista. Cualquier turista que nos visite se pensará que Granada permanece anclada en 1939, año de la victoria. Es una espina que los demócratas granadinos llevamos clavada en el corazón. Secuelas de una transición inacabada que olvidó a las víctimas y dio impunidad a los verdugos.

Un artículo sobre la Falange de Granada, publicado en Ideal el 1 de septiembre de 1936, recuerda la función de “delatores” asignada a los falangistas que actuaban en la retaguardia: “están obligados a dar cuenta a la organización de todos aquellos casos que conozca y que vayan en contra de la Patria o de Falange Española”. La delación era el paso previo para detener y fusilar. El escritor Pablo Uriel, autor del libro “No se fusila en domingo” (Pre-Textos, Valencia 2005), nos da una idea del historial delictivo de la Falange: “En la práctica, todo falangista intervino alguna vez en estos asesinatos, considerados por sus jefes como actos de servicio a la patria. Aquellos que descubrían en disparar sobre un hombre indefenso una fuente de placer quedaban adscritos de modo permanente a las escuadras de verdugos. En sus cuartelillos, estos jóvenes degenerados elaboraban las listas de sus víctimas. Al anochecer, iniciaban sus correrías, recogiendo de las cárceles o de sus domicilios a las piezas sobre las que iban a disparar. Todos los vencedores colaboraron con los verdugos falangistas con su conformidad. Los muertos no tenían un nombre, eran “rojos”, y las muertes no eran muertes, eran “paseos”. Algunos de estos falangistas, al regreso de sus orgías, acudían a un confesor. Allí vertían las confidencias de sus pecados y recibían la absolución. La conciencia quedaba adormecida y las orgías podían continuar en noches sucesivas”. Entre los colaboradores de la Falange de Granada, nos dice Gerald Brenan en su magistral libro

The Face of Spain, estaba Frances Turner, una joven inglesa que vestía camisa azul y “se jactaba, como otras señoritas españolas, de haber tomado parte en las ejecuciones y fusilado a varios hombres”. El propio Ian Gibson asegura que la Falange local fue directamente responsable de la muerte de muchos cientos de granadinos.

Estos son los méritos del partido que fundó José Antonio Primo de Rivera, a quien el régimen rindió homenaje en 1972 con un saludo fascista forjado en bronce. Un saludo que copió de sus aliados, los nazis de Hitler y los “camisas negras” de Mussolini. El Partido Popular se niega a retirar este símbolo infame de la plaza de Bibataubín, pero no tardó ni dos días en arrancar la placa que recordaba a los 2.400 granadinos asesinados por los fascistas en la tapia del cementerio. Exalta la figura de José Antonio, fundador de un partido que ensangrentó las calles de Granada, pero olvida honrar la memoria del alcalde Manuel Fernández Montesinos y de tantos compañeros de corporación que dieron su vida por defender la legalidad democrática de la República. La escultura de López Burgos es, en realidad, una apología del fascismo. Si el gobierno municipal se obstina en mantenerla, tendremos que denunciarlo ante los tribunales por incumplir la Ley de la Memoria Histórica.

(Publicado en Ideal, 11 de marzo de 2009)